

será probablemente una identidad “en fuga”. Al ser los residentes originarios cada vez menos y ante la llegada de nuevos ocupantes, los elementos del pasado que fueron destacados como emblemáticos irán perdiendo su capacidad al evocar una vida en común que da sentido a la actual. Cabe recordar lo puntualizado por el antropólogo Arjun Appadurai en relación con la fragilidad inherente a la vida local. Para que ésta exista tiene que ser producida activamente por actores que desarrollen estrategias para el involucramiento colectivo en lo cotidiano. En el caso del Multifamiliar, de acuerdo con lo planteado en el artículo y a lo largo del libro, hay actores que dejaron de serlo y no hay condiciones para la aparición de nuevos.

A manera de cierre cabe señalar, por último, que este libro de historia oral recrea un tiempo y un espacio que de manera paradójica se encuentran cercanos y distantes de nuestro presente. Esto da múltiples puntos para reflexionar sobre qué sigue después de esta historia, cuáles son los futuros que se pueden imaginar para los espacios habitacionales y para la ciudad en su conjunto en un momento de transformaciones múltiples frente a las cuales es difícil encontrar un proyecto que las articule.

Miguel Ángel Aguilar D.
UAM-IZTAPALAPA

Patricia Pensado Leglise (coord.), *El espacio generador de identidades locales. Análisis comparativo de dos comunidades: San Pedro de los Pinos y El Ocotito*, Instituto Mora, México, 2004 (Historia Oral), 190 pp.

En décadas recientes la dimensión espacial de la experiencia humana ha cobrado mayor importancia en la investigación académica orientada a la comprensión, explicación y análisis de la vida social. El libro *El espacio generador de identidades locales* se inscribe en esta vertiente de estudios que desde distintas perspectivas disciplinarias recuperan la concepción del espacio como construcción social y cultural que conjuga intenciones, acciones y significados. Esta obra colectiva coordinada por Patricia Pensado Leglise presenta dos realidades microsociales en México, situadas en contextos regionales y en circunstancias históricas específicas: San Pedro de los Pinos, en el Distrito Federal, y El Ocotito, en Guerrero. Los trabajos recuperan resultados de la investigación cualitativa realizada en estas comunidades locales incorporadas en el curso del siglo XX a la experiencia urbana contemporánea. Desde la perspectiva teórico-metodológica de la historia oral, el libro analiza la relación entre lugar e identidad, entre sujeto y espacio social, considerando los procesos urbanos y las prácticas sociales que producen espacios materializados en lugares significativos donde se inscribe la historia individual y colectiva de los habitantes.

Una de las contribuciones de este libro es que nos introduce a la realidad histórica y al significado del lugar como referente y como productor de identidad socio-cultural. Las autoras lo hacen a través de la reconstrucción de la memoria y de la interpretación del discurso, a través de la palabra “de los sin voz”. Es decir, de quienes desde la experiencia cotidiana crean en el tiempo vínculos sociales, afectivos y simbólicos con el espacio vivido y, en esta trayectoria de vida, toman parte y responden con diferentes estrategias a los

condicionamientos y oportunidades trazados por los procesos locales y macrosociales que introducen transformaciones continuas en los lugares que habitan.

Otra contribución es que nos conduce a pensar en el papel de la historia oral en el desarrollo de la ciencia histórica y social. Esta cuestión, de especial relevancia en el debate académico y en la investigación social, tiene que ver con una interrogante que atraviesa el contenido de los textos que integran el libro: ¿cómo podemos leer e interpretar la realidad histórica de los sujetos y responder al desafío de vincularla con procesos y fenómenos que la cruzan, y construir una perspectiva teórica que la haga comprensible? En el sentido que propone Legrand,¹ la historia oral nos acerca desde una perspectiva diferente a la comprensión de la experiencia singular de lo social. Lo hace a partir de la valoración del discurso y de la práctica del sujeto, enfrentando el reto de articular la dimensión subjetiva individual con la historia social y construir conocimiento científico.

En esta línea de discusión se distinguen dos vertientes de pensamiento convergentes que orientan el contenido de la obra. La primera tiene que ver con la comprensión científica que deriva de la reconstrucción dialéctica de los procesos sociales, incorporados e internalizados en la conducta individual y en la historia

singular como fragmento objetivo de la historia social.² Desde esta perspectiva teórica, en el libro se reconoce que la memoria como sustento de la historia oral es selectiva, olvida, tiene contradicciones, errores y prejuicios. Por esto y de acuerdo con Ferraroti, se destaca que la oralidad si bien no pretende mayor autenticidad o veracidad que la historia oficial, sí representa un enfoque que abre posibilidades a la palabra “de personas y grupos cuya marginalidad e ilegalidad bloquean los caminos de los procedimientos normales”.

La segunda línea tiene que ver con las claves que aporta la historia oral a la investigación social. Al pensar la realidad histórica en el presente, que condensa la experiencia vivida desde las prácticas humanas y desde las narrativas que se construyen en las márgenes de la sociedad, la historia oral aporta valiosas herramientas para la interpretación y análisis de los procesos sociales. De acuerdo con este enfoque que se inscribe en el desarrollo de “una ciencia social cualitativa”, no hay sólo una manera de pensar la realidad histórica y, como cita el libro, recuperando a Niethammer, “en la medida en que se cruza la praxis histórica del sujeto con otras fuentes, podemos obtener varias lecturas de realidad”. En este sentido Patricia Pensado señala que

la historia oral [...] percibe la complejidad de la experiencia particular del individuo frente a su acontecer histórico [...] al incursionar en el terreno de la discontinuidad discursi-

¹ M. Legrand, “L’Approche biographique et la socioanalyse: fondements théoriques et pratiques cliniques”, 1991. Cita con base en el artículo de Rosario Correa L., “La aproximación biográfica como una opción epistemológica, ética y metodológica”, *Proposiciones, Historias y Relatos de Vida: Investigación y Práctica en las Ciencias Sociales*, Ediciones Sur, núm. 29, 1999, Chile.

² Franco Ferraroti, *Histoire et histoires de vie: La méthode biographique dans les sciences sociales*, París, Librairie des Méridiens, 1983, y *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, Península, 1991.

va, de la opacidad, de lo que permanece oculto y forma las alteridades que manifiestan las continuidades en la historia.

La estructura del libro se presenta haciendo analogía con un circo de tres pistas, lo que imprime originalidad a la exposición de las miradas distintas y entrelazadas que lo integran. Cada una de éstas analiza comparativamente a San Pedro de los Pinos y El Ocotito. El libro incluye las monografías de estos espacios locales, realizadas respectivamente por Adriana Arroyo Reyna y por Sara Amelia Espinosa Islas. Estas autoras presentan de manera puntual antecedentes histórico-geográficos, así como el perfil sociodemográfico e información estadística actual que contribuye al análisis de las localidades estudiadas.

Las tres contribuciones centrales que se reseñan a continuación se articulan a partir de la relación sujeto-espacio, mediada por la memoria de los actores seleccionados y recuperada en las 31 entrevistas realizadas en cada localidad estudiada. Esta memoria, como lo muestra el libro, reconstruye y deconstruye discursivamente imágenes e imaginarios, anhelos, nostalgias e incertidumbres. Interpreta nuevas realidades y expresa problemas que revelan la experiencia singular vinculada al lugar como expresión de la sociedad que lo produce.

En la "Pista 1. Sujeto, espacio e identidad local", Patricia Pensado hace énfasis en la relación simbólica y afectiva que se crea entre sujeto y espacio. Ésta se representa tanto en el imaginario individual y colectivo como en el lugar de la experiencia vivida donde se construye el entramado de relaciones que forman parte de la historia común y que reproducen la vida

social. Al analizar la manera como los significados asignados al lugar lo transforman en "generador de identidades locales", en el caso San Pedro de los Pinos y El Ocotito, argumenta que "la búsqueda del sujeto por ocupar un lugar propio es una condición que trasciende el hecho de habitar la ciudad o el campo".

Esta autora nos introduce a las diferencias y particularidades de los dos espacios locales que tienen en común su localización estratégica. Esta condición, aunada a los procesos de expansión y desarrollo urbano-regional en los respectivos entornos, ha influido de manera fundamental en las transformaciones ocurridas en el paisaje geográfico, en la estructura social, en los usos y significados que vinculan a la gente con estos lugares. Así, destaca que San Pedro de los Pinos se ha convertido en lugar de atracción de inversión inmobiliaria asociada al auge del mercado del suelo urbano y a la expansión del sector servicios. En contraste, El Ocotito se ha convertido tanto en lugar receptor de migrantes pobres que abandonan sus pueblos ubicados en la sierra, en busca de empleo en actividades agrícolas, como en sede de grupos vinculados a actividades comerciales y de servicios.

Estos procesos no sólo han modificado la morfología física y social de estos lugares, introduciendo mayor diversidad y diferenciación socioespacial. También, han influido en la percepción que tienen del lugar los antiguos y los nuevos residentes. Estos últimos, a diferencia de los primeros, aún no han desarrollado fuertes relaciones de pertenencia. Patricia Pensado explica al respecto que se sienten atraídos más por las ventajas geográficas y económicas, y menos por las cambiantes tradiciones locales. Destaca, al respecto, la per-

cepción que tienen de El Ocotito las familias fundadoras al calificarlo como “un pueblo sin costumbres, sin tradiciones, sin historia porque es una mezcla ya de gente”.

De acuerdo con la autora esta percepción responde menos a una actitud de desarraigo y más a una forma de diferenciación sociocultural que cohesiona a los denominados “criollos” frente a los “otros” que llegan de afuera con costumbres y códigos de comportamiento distintos, a pesar de que, en algunos casos, éstos son imprescindibles para el trabajo agrícola. Es interesante el contraste con San Pedro de los Pinos, donde la presencia de nuevos residentes “pasa casi inadvertida”, al parecer por su autosegregación de la vida comunitaria. Como lo afirma Pensado, esta vida comunitaria se encuentra “fracturada” a raíz del crecimiento urbano y de la reducción de espacios públicos (plaza Pombo, parque Miraflores, iglesia Vicente Ferrer), lo que modificó las formas de sociabilidad que cohesionaban a la comunidad local. En este caso la percepción del lugar se manifiesta vinculada tanto a problemas de deterioro de la calidad de vida como al debilitamiento de lo colectivo.

“Pista 2. Memoria, espacio y lugar. El espacio y los lugares de la memoria de dos colectividades: San Pedro de los Pinos y El Ocotito”. Este artículo realizado por Guadalupe Barrientos nos introduce a la microgeografía de las relaciones sociales a partir de la construcción de significados y percepciones de las transformaciones del entorno local. Al analizar la relación entre memoria y lugar, destaca la importancia simbólica del espacio-temporalidad de la experiencia cotidiana. Ésta se condensa y se materializa en el lugar donde “existen espacios, tiempos y gestos de la memo-

ria”.³ Esta autora nos introduce en cómo el “espacio y sus lugares se convierten en conservatorios de la memoria individual y colectiva, a partir de los testimonios orales”. En San Pedro de los Pinos, los testimonios son de antiguos residentes que “han vivido por largos periodos en la colonia y que sus familias o ellos mismos fueron de sus primeros habitantes”. En este caso, el lugar que nos muestra esta autora se revela como escenario representativo de la tensión entre tradición y modernidad, donde el esfuerzo por cambiar hacia el progreso significó para los habitantes el tránsito “de la tranquilidad al desorden urbano”, donde las grandes avenidas y los edificios departamentales se convirtieron en geosímbolos urbanos de debilitamiento y fractura del tejido social.

La nostalgia e idealización del pasado se expresa a través de testimonios que aluden a aquella ciudad donde existía mayor contacto entre la gente, y entre ésta y el paisaje natural —ríos, pinos— que distinguía al lugar. Uno de estos testimonios señala que “había una ciudad muy tranquila, no se oía un robo, la gente era muy feliz”. En efecto, el tránsito de una ciudad con un centro a una metrópoli policéntrica estuvo marcado por transformaciones urbanas que modificaron real y simbólicamente los lugares. Introdujeron nuevos modos de vida, mayor diversidad e innovaciones en formas espaciales, expansión de infraestructura y servicios. Pero también revelaron que los cambios ocurridos, además de estar acompañados de la tendencia a la disolución de identidades loca-

³ Gilberto Giménez, “Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural” en Rocío Rosales O. (coord.), *Globalización y regiones en México*, PUEC/UNAM/Porrúa, México, 2000.

les, no derivaron en mejores condiciones de calidad de vida para estos grupos sociales. Se observa en este caso que la nostalgia por el pasado se encuentra fuertemente asociada a las condiciones de un presente incierto.

En contraste, Guadalupe Barrientos explica que en El Ocotito los puntos físicos dieron paso a la conformación del lugar, que aún “conserva su carácter de espacio de encuentro de las comunidades de la sierra con las de la costa”. Los nombres de las once colonias que lo integran aluden a símbolos religiosos y a celebraciones rituales, y el paisaje natural aún no ha sido asimilado al paisaje cultural urbano. Al referirse al impacto de los grandes proyectos transformadores en el entorno local, esta autora destaca que mientras la construcción de la carretera federal benefició al pueblo, la llamada autopista del Sol desplazó a esta vieja carretera, lo que trajo como consecuencia el declive económico, al menos en el sector servicios. Actualmente, nos dice, El Ocotito, como lugar de la memoria, está permeado de la tradición campesina a pesar de que predominan actividades comerciales y de servicios inscritas en la expansión de la urbanización y de la vida urbana.

La “Pista 3. Geografía de la memoria. Apropiación, usos y percepciones de los espacios físicos y sociales de las comunidades urbanas: San Pedro de los Pinos y El Ocotito”, fue realizada por Concepción Martínez Omaña. Este trabajo trata la relación entre subjetividad y morfología física y social de estos lugares, donde las profundas transformaciones socioespaciales han alterado los significados tradicionalmente asignados por los habitantes. Esta autora enfatiza la importancia de

recuperar en el análisis sociológico e histórico el “testimonio oral como fuente de información fundamental que, al confrontarla con otras, adquieren significado y relevancia”. Plantea que las percepciones y concepciones de los habitantes sobre su entorno físico y social se encuentran asociadas a los cambios ocurridos en el paisaje urbano, en las formas de uso y de apropiación del espacio social.

En este texto el análisis se sitúa en el contexto económico y sociopolítico que marcó el proceso de crecimiento y expansión urbana en el país en el curso de la segunda mitad del siglo XX. Concepción Martínez recupera antecedentes históricos relevantes para la comprensión de la conformación de estos lugares y de las transformaciones de la vida social que marcan el tránsito hacia la experiencia urbana de los habitantes de las dos localidades. Éste es el caso del reparto agrario en El Ocotito, ocurrido en la segunda mitad del siglo XX. Y en el caso de San Pedro de los Pinos, el fraccionamiento de tierras de haciendas y ranchos que da inicio en la ciudad de México desde finales del siglo XIX.

La autora aborda las semejanzas y las diferencias entre los dos espacios locales y nos introduce mediante el análisis de los testimonios orales a las formas de identificación y de diferenciación sociocultural, a las estrategias de sobrevivencia —como en el caso de la migración de población joven de El Ocotito a Estados Unidos— y a las disputas por el uso del espacio urbano. Destacan aquellos testimonios que aluden a estos aspectos vinculados a la presencia de grupos sociales diferentes a los que antiguos residentes perciben como ajenos al lugar, los asocian a cambios no deseados y a problemas que afectan a la

vida local comunitaria. Así, mientras en la ciudad de México, un residente de San Pedro de los Pinos, lo recuerda como “una colonia de clase media, tranquila, amigable, donde llegaron gentes de muchas partes [...] comenzó a cambiar mucho”, en Guerrero, un habitante de El Ocotito expresa malestar frente a los efectos del fenómeno migratorio, al señalar “cómo gente de otros lugares va a venir aquí a mandar”. El análisis de esta autora nos acerca al contenido político de las identidades locales, de manera que las percepciones y relaciones entre diferentes se territorializan en los lugares de la experiencia e influyen alterando las formas de identificación y las relaciones de pertenencia hacia el lugar, transformando los vínculos sociales y simbólicos que se establecen entre sociedad local y territorio.

Finalmente, el desafío de contrastar desde la historia oral dos realidades locales que en sus grandes diferencias comparten la entrada a la modernización urbana y sus consecuencias, se logra en este libro que representa una valiosa contribución al estudio de la relación entre espacio, identidad y memoria. Esta relación situada en contextos urbano-regionales estratégicos, de una parte, nos acerca a cómo se crean, se transforman y se reinventan las identidades basadas en el lugar donde se construye la experiencia singular y social de grupos diferentes. De otra, nos introduce a los procesos histórico-sociales que se producen en el espacio local modificando el paisaje geográfico, la estructura social y las relaciones comunitarias.

Estos temas convergen en esta obra que nos conduce a pensar en los efectos subjetivos de procesos, políticas y acciones modernizadoras, así como en los problemas socioculturales y de calidad de vida

que se generan en el espacio local impulsando nuevas formas de diferenciación y de organización social. Expresiones legítimas de malestar y temor ante estos problemas alternan con la emergencia de localismos y de formas de intolerancia hacia “el otro” distinto, revelando fenómenos de segregación, de exclusión y de resistencia a la diferencia. En lugares caracterizados por la heterogeneidad y por la desigualdad, estos aspectos nos proponen poner atención en las relaciones de conflicto y de cooperación que emergen en el espacio local. Éstas aluden al contenido político de las identidades locales y a lo que significa ser ciudadano en el espacio urbano contemporáneo.

Patricia Ramírez Kuri
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES-UNAM

Gilberto Guevara Niebla, *La libertad nun-ca se olvida. Memoria del 68*, Cal y Arena, México, 2004, 333 pp.

La historiografía del movimiento estudiantil de 1968 integra múltiples discursos con diferentes especificidades argumentativas y, sobre todo, desiguales condiciones de profundización, reflexión y difusión. Sin embargo, no obstante el reconocimiento de la multiplicidad, hay dos cosas que son de llamar la atención. La primera es que en la producción del conocimiento histórico sobre el 68 mexicano, el testimonial parece ser uno de los formatos más socorridos.¹ La segunda

¹ En el catálogo “Bibliografía sobre el movimiento estudiantil mexicano de 1968”, realizado por el